Dime si hay alguien

B. M. Vico

Dime si hay alguien

B. M. Vico

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2026
© B. M. Vico, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-88206-09-2
THEMA: FBA - FH - FXD - JBFK
DEPOSITO LEGAL: M-6677-2026

1

La mente vagó, Sika no podía visitarlo más, al hermano no le gustaba que tuviera amigos, solo clientes.

Sirvió el café, regresó al salón con la taza en la mano. Terminó de beber y logró escribir un párrafo, se levantó, caminó hacia la ventana, no la abrió, buscó otra ventana donde miraba un jardín. Allí estaba entre las flores. Daba órdenes a Federico, el viejo jardinero la obedecía, de repente se ponía iracunda, le decía inútil. Él se alejaba, se sentaba, leía, a veces tocaba el violín. Escapaba de su ira.

Fernando se alejó de la ventana, buscó más café, encendió otro cigarro. Recordó que Sika no vendría más. Se sentó de nuevo. Buscó la oración exacta, las palabras precisas que al unirse fueran armando lo que quería decir. Al caer la noche fue al bar Los Olvidados, sentado frente a la barra trató de evadir la realidad. Una vez más, las voces y las risas le provocaron un sentimiento de naufragio. Rosa se acercó, le preguntó si estaba bien, asintió con la cabeza. Tarde en la noche le dijo que era hora de irse. Se negó, al poco rato regresó con lo mismo. La insistencia empezó a molestarlo. No

me jodas más. Se fue de nuevo, la vio atender a varios clientes.

Fernando conoció a Rosa cuando ella recién empezaba en el bar y él estrenaba piso. Ella esa vez le contó que vivía con la madre y tenía una hija, doña Marta la ayudaba con los gastos. Con el tiempo se hicieron amigos.

La camarera lo veía como un raro, sabía de sus adicciones, sus depres y el abandono en que vivía. También sabía de los internamientos en clínicas siquiátricas, sus intentos de suicidio y el desprecio del hermano. Genaro decía que era un desfasado con el afán de ser un hippie, friki, beatnik, Generación Perdida de todas las épocas, artista neoyorquino de los ochenta, enfant terrible de estos años veinte del tercer milenio.

Después de cerrar el bar, Rosa lo acompañó, cada vez estaba peor, si seguía así podrían internarlo de nuevo. Fernando dijo que no lo harían porque el hermano lo quería muerto. Siguieron caminando, llegaron, subieron y lo acostó.

Al otro día, como siempre, despertó tarde, pasó la mano por la cara, rozó la barbilla áspera. No se afeitaba desde el domingo. Supo que era domingo por el silencio, hoy no sabía que día era. Cerró los ojos, lo desalentó percatarse de que los días se sucedían uno tras otro, tenía esperanza de que una vez se les ocurriera detenerse. Lo regocijó el final de una carrera que conducía a ningún sitio. Anoche volvió a caer en la

negrura, no quiso pensar en nada, se estaba matando, lo sabía, pero le daba lo mismo. Los loqueros dijeron que no era un orate, pero no lo salvaron de la culpa.

Se sentó en la cama, apretó los párpados. La certeza de que Sika no volvería lo entristeció. En el cuarto de baño, se miró al espejo, no sabía a quién miraba, no era el niño ni el adolescente que corría en las noches para escapar de los ruegos.

Puso la cafetera. Mientras esperaba encendió un cigarro. Regresó, al salón con la taza en la mano, se sentó frente al ordenador. Volvió a buscar las palabras que plasmaran el deseo de que todo terminara. No se ha vuelto a ver, es otro el que se droga y se acepta como un guiñapo maloliente. Escribió varias líneas, escuchó toques en la puerta, abrió. Su amigo Miguel Enrique le sonrió. Fernando se hizo a un lado, fue tras él.

—¿Qué te trae por aquí?, pensé que te habías ido de la ciudad.

Miguel Enrique no contestó, siguió directo a la cocina, sacó las cervezas que trajo en una bolsa, también unos bocatas que compró en la cafetería. En sus visitas pasaba hambre, volvió al salón con dos cervezas, Fernando fue a la habitación a vestirse, regresó. Se sentaron en el sofá desvencijado. Bebieron. Ayer Rosa llamó a Miguel Enrique, le dijo que Fernando estaba raro, el amigo aprovechó su día libre y vino a saber.

—Me dio por pensar que me necesitabas.

—¿Carmen sabe que venías?

—Claro que lo sabe, Carmen te aprecia, aunque piensa que lo tuyo se pega.

—A veces sí.

Miguel Enrique sonrió burlón, dijo que era un hombre fuerte, a los dieciocho años resistió los embates de un amigo gay que quiso meterlo en su cama, la pasó canuta. El tembloroso joven que era entonces aguantó como un león, logró zafarse, pero el gay insistió.

—Eso fue tremendo, querido amigo.

—¿Te lo follaste?

—¿Qué tú crees?

—Que puede ser una buena experiencia.

—Eso mismo pensé yo, pero no quise. Seguí en lo mío, amo a las mujeres.

Conversaban y bebían. Fernando buscó más cervezas, también trajo los bocatas porque a Miguel Enrique le rugía el estómago. Él tenía poca hambre, bebía y fumaba sin parar. Terminaron con el bocata, Miguel estiró las piernas, se sintió a gusto. Miró a Fernando, sabía que su amigo era un tristón sin remedio, pero lo notó peor. Le preguntó la razón del desconsuelo.

—Sika no vendrá más.

Miguel Enrique aguantó la risa. No podía creer que Fernando estuviera así por una puta barata.

Recostaron las cabezas y cerraron los ojos. Fernando los abrió y miró al techo.

—Lo pasaste fatal aquí solo —dijo Miguel Enrique.

Fernando recordó a Camilo, el anciano de los altos. Vivía solo, sus hijos no se ocupaban antes, menos con la tragedia. Se hizo cargo, le compraba los alimentos, le hablaba pegado a la puerta. Lo llamaba en el día y en las noches para saber cómo estaba. El viejo Camilo impidió que lo matara la soledad y la tristeza.

—¿Tuviste miedo?

Fernando calló, no dijo que esperaba su muerte como el condenado porque nunca ha deseado una vida larga. Se vio en el centro del desastre. No temió por él, sino por los vulnerables.

—Voy a la cocina, me hace falta otra cerveza, mientras tanto pon *La Traviata*.

—¿*La Traviata*?

—Ni más ni menos

—Está bien, trae la cerveza y cantaremos con la Callas.

Bebieron mientras escuchaban música, los dos desafinaron al tratar de llegar a la diva. Después Fernando quiso poner a Mendelssohn. Miguel Enrique se tiró literalmente al suelo. Ni hablar, no lo dejó, después de mucho rabiar logró que Fernando pusiera a Manzanita en su versión de *La quiero a morir*. Luego movieron el esqueleto en la versión salsera. Sudaron y se cansaron, se tiraron en el sofá.

Se conocieron en Barcelona, donde Fernando fue detenido por desacato. Esa vez Miguel Enrique lo ayudó a salir del problema porque el que lo detuvo tenía

fama de abusivo. En Madrid volvieron a encontrarse, desde entonces surgió una amistad inexplicable. Miguel era un militar que investigaba homicidios. Fernando un desocupado que vivía de la mísera mesada que le daba el hermano. Miguel Enrique y Fernando no eran iguales, ni siquiera parecidos, eran amigos. Siempre habían estado al tanto el uno del otro. Miguel Enrique ha luchado para que Fernando se encarrile, a veces ha logrado convencerlo, a veces no ha podido evitar sus recaídas. Por culpa de esa amistad tenía problemas con Carmen. Ella no entendía el apego, pero Miguel era inmutable. Veía en Fernando a una persona traumada por la pérdida prematura de los padres, un chico talentoso que no tenía el coraje de enterrar sus demonios. Fernando se reía al escuchar sus consejos porque no soy el niño triste que tú quieres que sea, eso de los traumas le olía a flor marchita. Al amigo no le importaba la burla. Le tenía lástima porque tuvo un padre que prefirió al otro hijo.

—¿Cómo la pasó tu hermano? —preguntó Miguel.

El hermano se fue con la familia. Se confinó en su mansión de Ibiza y de las miserias de este mundo apenas se enteró, mandó más dinero del acostumbrado. Miguel Enrique le dijo que al menos se ocupó. Fernando no quiso hablar de algo que no formaba parte de su presente. No le importaba el hermano, no le importaba que viviera como un rey.

—Lo hizo por mis padres —dijo bajo.

Sus padres estaban en cada segundo de su vida, iban con él a comprar el pan y a beber. Al principio quiso espantarlos, pero después se acostumbró. El padre adoraba a la madre a pesar de que ella cada mes tenía un amante distinto. A ella no le importaba que lo supiera, no le importaba lo que pensara el niño, que muchas vece la acompañaba al «dentista». Fernando, en ocasiones, quedaba solo sentado en el banco de un largo pasillo. Al regresar, disfrutaba viéndolo avergonzado. Entonces le decía vamos y cambia esa cara, se me quitó el dolor. Sonreía con malicia mientras movía la cabeza para que los cabellos se acomodaran. Vivía orgullosa de no ser igual a nadie.

Fernando no tenía planes. Quedó silencioso unos segundos.

—No crezco, soy Peter Pan.

—¿A Peter Pan no se la menean?

El aprendiz de escritor dijo que de vez en cuando vibraba con la sonrisa de Sika. Ahora el hermano no quería que viniera más

—¿Todavía sigues con eso? Estás mal, amigo, busca otra mujer. ¿Por qué la nigeriana?

—Porque es como *La Gioconda*, siempre sonríe, nunca habla.

2

En la noche, Rosa se dispuso a salir, Sofía estaba en su habitación y doña Marta miraba un reality. A veces le gustaba acompañarla. Le fascinaba ver cómo los glamorosos se iban destiñendo con el tiempo. Al final daba pena verlos, parecían deportados. Los famosos para ganar los dineros tenían que pasar hambre. El hambre hace delirar, le dijo un día Fernando; entonces le contó de una peli de Chaplin en la que un amigo hambriento vio a Charlot como un pavo gigante.

Rosa entró al cuarto de baño, empezó a ducharse con calma. Estrujó el ombligo, la espalda, hurgó en sus oquedades, se esmeró en el canalillo de la nalga, frotó detrás de la oreja. Se echó gel en abundancia. No escatimó en el champú y el suavizante. Rosa era fanática de la limpieza corporal, su amiga Magda se burlaba, no entendía tanta limpieza, para ella un buen revolcón era más convincente que el olor de la lavanda. Rosa no lo negaba, pero afirmaba que una buena limpieza corporal ayudaba. Terminó de ducharse, se puso el albornoz, se frotó el pelo con la toalla, empezó a secarlo mientras lo sacudía con las manos. Salió del cuarto de baño, buscó en la gaveta de la ropa interior, se puso

unas bragas y un sostén rojos. Quitó el albornoz, caminó semidesnuda, abrió el armario de los zapatos, cogió unos negros con piedrecillas brillantes. Se los puso y dio vueltas por la habitación. Se sintió a gusto. Fue al cuarto de baño, se alisó bien el pelo, luego lo movió como bandera al viento. Los cabellos se acomodaron a la espalda. Empezó a maquillarse. Cerró los ojos después de ponerse las pestañas, los abrió. Los ojos brillaban. Se puso un vestido estrecho de escote pronunciado. Buscó un bolso de mano, se dirigió al salón.

—¿Cómo me veo? —preguntó a la madre.

Doña Marta ladeó la cabeza, la miró.

—¿Qué puedo decirte? No sé a quién saliste tan guapa. ¿Regresas temprano?

—Más o menos.

—¿Y tu hija?

—No quiero interrumpirla, sabes que a veces le dan rabietas.

Llegó a la cita a la hora indicada. Rafael, al verla, quedó deslumbrado, en nada se parecía a la empleada del bar Los Olvidados. Fueron a cenar, Rosa se sintió cómoda. Rafael era el hombre que tanto buscaba. Al final aceptó ir a un lugar más íntimo. Al llegar se asombró, no entendió que un tío que tenía tan tremenda casa saliera con una camarera. Rafael abrió, la condujo, fue tras él, atravesaron un recibidor, luego un pasillo hasta llegar a un salón enorme donde se reflejaban las últimas tendencias en decoración. Era de noche, pero

se podía ver una parte del jardín a través de una puerta de cristal. Los tacones afilados se hundían en la mullida alfombra.

—Eres guapísima, me gustas mucho.

Ronroneó como una gata, se estiró bien para que la admirara en su máximo esplendor. El hombre se acercó, le extendió la mano, la haló. Olió su perfume. Le mordió el lóbulo de la oreja con suavidad. Se sentaron en el sofá, Rafael la atrajo, le besó la mejilla, luego se apartó. La miró goloso, metió la mano en el escote, le acarició las tetas.

Rafael llevó a Rosa a una casa que pertenecía a la tía y que a veces utilizaba para salir de la rutina. La tía se la prestaba con la condición de ocuparse del inmueble. El abogado vivía en otra zona con su familia. A Rafael le gustaba disfrutar del sexo sin limitaciones, su vida de casado lo aburría. Necesitaba cosas nuevas, llevaba diez años con una mujer que se negaba a un disfrute más intenso. Le gustaba experimentar.

—Tú y yo podemos hacer de todo.

Rosa tomó el rumbo equivocado, creyó en el gusto que daba un polvo desbocado. Fue generosa, le convenía agradar. Rafael le dijo que esta noche sería especial.

—Existen formas muy excitantes —dijo Rafael—, por ejemplo, me gustaría atarte, apretarte la garganta, darte latigazos. Destrozarnos en la cama, disfrutar con todas las variantes.

Rosa se levantó, quedó frente a él con el ceño fruncido. Rafael era bastante joven, atractivo, pero lo que decía no le gustaba.

—Te vas a la mierda —dijo casi ahogada.

Rafael le dijo que no lo tomara tan a pecho, todo el mundo buscaba variantes para evitar la rutina. Rosa no estaba para elucubraciones teóricas, el sufrimiento no estaba en su programa.

—No inventes ceremonias aleatorias, no necesito eso para disfrutar de un buen polvo.

Rosa no estaba segura del significado de sus palabras, pero en sus alforjas llevaba el vocabulario del dislocado de Fernando. Se dispuso a marchar, Rafael la tomó del brazo.

—Disculpa si te hice enojar, ¿qué te parece un trago para que me perdones? Lo siento, no quise ofenderte.

Bebió por complacerlo, en definitiva, no parecía mala persona, a lo mejor si un día quería sexo como Dios manda, pues se arreglaban. Miró alrededor, el lujo era impresionante, cerró los ojos, sintió que se mareaba. Movió la cabeza y notó que la vista se le iba, trató de dar unos pasos y cayó al suelo, sintió cómo Rafael la arrastraba furioso, gritaba improperios. Logró llevarla a la habitación. Trató de levantarla, la agarró por las axilas. Rosa hizo un esfuerzo y le dio una patada en los huevos. Rafael aulló, se puso más furioso, pero no contó con la fortaleza de Rosa, que lo empujó y lo tiró

al suelo. Rafael trató de levantarse ella lo magulló al pasarle por encima. Salió corriendo, se tambaleaba, apenas veía, atinó a coger el bolso y llegar hasta la puerta. Corrió dando tumbos, antes de caer desfallecida, sacó el móvil, llamó a Fernando. Temblorosa y medio ciega logró decir la dirección más o menos. Tuvo suerte porque Fernando se conocía al dedillo el lugar, había nacido allí veintiocho años antes.

Fernando la encontró sentada en el suelo, con la cabeza caída, un hilillo de baba pegado a la comisura de los labios. Al verlo lo abrazó sollozando. La ayudó a levantar, secó la baba maloliente. Rosa miró su vestido estropeado, se quitó los zapatos, caminó errática al principio, después se giró y echó a correr como si la impulsara el diablo. Fernando fue tras ella gritando para que se detuviera, pero era inútil, no le quedó otra que seguirla. Rosa cruzó la calle, golpeó la puerta. Fernando, llegó justo a tiempo para impedir que Rafael se convirtiera en manjar de cuervo carroñero. Fernando tuvo que cogerla por la cintura, apretarla y llevarla pataleando y soltando los improperios más locos, conocidos y desconocidos. Le gritó desde buey castrado hasta mamalón de pene soso pasando por los conocidos hijo de puta, malnacido y desgraciado, ah, olvidaba el más importante: gilipollas impotente de toda la vida, no se te paró ni con las cabras.

Fernando pasó trabajo para calmarla, al fin logró que subiera a la moto.

—No puedo llegar así a casa, llévame a tu piso.

La llevó con él, ella apoyaba su cabeza en la espalda de Fernando, todavía sollozaba. Le dijo que se pegara y se aferrara. Aceleró y no paró hasta llegar a su edificio. Subieron, la desnudó, la metió en la ducha. Mientras Rosa se duchaba Fernando trató de recoger un poco la habitación. Ella salió del cuarto de baño desnuda y mojada.

—Sécame la espalda, todavía no estoy bien del todo.

Fernando secó la frente, el cuello, el vientre. Tiró la toalla la abrazó, Rosa sintió ahogo cuando, pegado a ella, la besó perdido en un sinfín de sensaciones. Sabía que eran amigos sin derecho a roce, unos desajustados sociales que giraban sin ton ni son. El maestro de las cuartillas vacías no buscó una explicación para descifrar por qué se sentía incapaz de detenerse. Rosa y Fernando no se hicieron preguntas. No se amaron, se aparearon sin pensar en el mañana. Nada los unió, nada los separó, no hubo arrepentimiento, solo un leve sobresalto en las miradas.

3

Percibió el regreso cuando sintió la sacudida. Alguien lo levantó, lo llevó al cuarto de baño, lo hizo vomitar, luego se metió con él en la ducha. Fernando se sintió feliz, Sika Gioconda estaba con él. No la veía, pero sabía que estaba ahí. Trató de decir algo, solo fue un quejido, Sika Gioconda tuvo un amago de sonrisa, después de ducharlo lo metió en la cama.

Cuando despertó, Gioconda todavía estaba ahí. Era como el dinosaurio. Ella esbozó su sonrisa de siempre, se inclinó, le besó la frente.

—¿Cómo pudiste venir, te escapaste?

Ella movió la cabeza, Ayo le dio permiso. Fernando vio el círculo violáceo, la herida en el labio. El hermano la golpeaba. Sika bajó la cabeza unos segundos, luego se levantó, se dirigió a la cocina. Regresó con una tisana. Fernando se sentó en la cama, cogió la taza. Pidió que le besara la frente. La sonrisa enigmática, triste y hermosa apareció.

La nigeriana se inclinó y lo besó, Fernando bebió y se acostó de nuevo. Cerró los ojos, apretó la mano de Gioconda, se la llevó a los labios, la besó con ternura. A Fernando le gustaba su silencio. Gioconda vivía en

un infierno, no tenía papeles, ni vida, ni esperanza de cambio. El hermano la explotaba, la vendía cada noche y cada día.

—Gioconda —dijo con voz plácida—. ¿Tienes dientes?

Ella mostró una sonrisa amplia, vio sus dientes blancos perfectos, el rostro hermoso, el cuello alargado. Sika le pasó los dedos por la frente, le dijo que durmiera. Apretó los párpados, luego los aflojó, tenerla junto a él lo devolvía a la superficie.

Rosaura era esquizofrénica, las visiones y las voces aparecían de improviso. Era mejor morir. Fernando le dijo que podía controlar sus visiones, vivir con ellas.

El escritor frustrado se sentía atraído, le gustaba Rosaura. A veces paseaban por el jardín. Fernando le contó que odiaba la universidad, odiaba a su novia Lorena que mucho lo jodía con su llantito tonto. Rosaura no le habló de su vida, no la tenía, desde siempre vivía asaltada por voces, criaturas, animales y bichos.

En el primer internamiento Lorena lo visitaba y esperaba impaciente su recuperación. Según ella, Fernando era el amor de su vida. Lorena estaba convencida de que se casarían. Al recibir el alta médica empezaron a salir de nuevo. Fernando a los pocos meses volvió a salirse de la ruta. Una tarde le armó tal escándalo en los pasillos de la universidad que tuvieron

que sacarlo de inmediato. El hermano mayor lo internó de por vida. Allí estuvo con Rosaura, allí supo de su muerte una mañana. Rosaura se suicidó porque sus visiones arreciaron. Fernando quiso hacer lo mismo. Lo salvaron. Siguió internado con Florencia Juliana, Marcial, Napoleón y otros tantos, hasta que los médicos llamaron al hermano.

Después de la muerte de Leonor, el padre solo se dedicaba a enseñar al hijo mayor el manejo de la empresa. No tiene por qué estar ingresado, dijo el siquiatra. Raúl se negó. Al cabo de unos meses aceptó su salida porque el maestro y escritor amigo de su madre lo amenazó con hacer un escándalo a nivel mundial. Raúl le compró el piso, empezó a pasarle una mesada. A los pocos días de salir, Fernando supo que Lorena se había casado con su hermano. Salió del segundo internamiento ni feliz ni desgraciado, salió para ser lo que es ahora, un gato sin tejado.

Su vida no fue un lugar florido, sino una vasta planicie por la que corría sin rumbo. A veces en sus sueños se escondía para no ver una presencia que lo hacía zozobrar. El rostro de la madre aparecía, no para salvarlo, sino para mantenerlo en las oscuridades. Ella lo adoraba, pero esa adoración lo asustaba.

No tenía una memoria proustiana, no era la magdalena la que se diluía en la garganta. Era el roce de los dedos de su madre cuando se los pasaba por la cabeza y le alborotaba el pelo. Su vida de antes colgaba en